

COMPLEJIDAD, CONFLICTOS Y PACES

Paula Andrea Valencia Londoño
Juan Manuel Jiménez Arenas
Carlos Flórez López
Coordinadores Académicos



COLECCIÓN EIRENE

DIRECTORA:

Carmen Egea Jiménez. Instituto de Investigación de la Paz y los Conflictos. Universidad de Granada.

CONSEJO ASESOR:

Fanny Añaños Bedriñana. Departamento de Pedagogía. Universidad de Granada.

Francisco del Corral del Campo. Departamento de Expresión Gráfica. Universidad de Granada.

José Martínez Delgado. Departamento de Estudios Semíticos. Universidad de Granada.

Carmen Ramírez Hurtado. Departamento de Didáctica de la Expresión Musical Plástica y Corporal. Universidad de Granada.

Pedro San Ginés Aguilar. Departamento de Lingüística General y Teoría de la Literatura. Universidad de Granada.

María Elena Diez Jorge. Departamento de Historia del Arte. Universidad de Granada.

Viçent Martínez Guzmán. Catedra UNESCO. Universidad Jaime I. Castellón.

Danú Alberto Fabre Platas. Universidad Veracruzana, México. Carmen Magallón Portolés. Universidad de Zaragoza.

Tatyana Dronzina. Universidad de Sofía San Klemente de Ojrida. Bulgaria.

Silvia Marcu. CSIC. Madrid.

COMPLEJIDAD, CONFLICTOS Y PACES

© Universidad de Medellín, Colombia

© Universidad de Granada, España

© Nora Margarita Vargas

© Norely Margarita Soto Builes

© Paula Andrea Valencia Londoño

© Juan Manuel Jiménez Arenas

© Francisco A. Muñoz

© Sandra Patricia Trujillo Orrego

ISBN 978-84-338-6147-4

DL. Gr./835-2016

Coordinadores Académicos:

Paula Andrea Valencia Londoño

Carlos Flórez López

Juan Manuel Jiménez Arenas

Editores:

Leonardo David López Escobar

Dirección electrónica: ldlopez@udem.edu.co

Universidad de Medellín. Medellín, Colombia

EUG. Editorial Universidad de Granada

Corrección de estilo:

Lorenza Correa Restrepo

lcorreare@gmail.com

Diseño portada:

Francisco Vega Álvarez

Diagramación:

Hernán D. Durango T.

hernandedurango@gmail.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, por ningún medio inventado o por inventarse, sin el permiso previo y por escrito de la Universidad de Medellín.

Contenido

Presentación	9
--------------------	---

CAPÍTULO I

COMPLEJIDAD, CONFLICTIVIDAD Y PAZ. UNA PERSPECTIVA GLOBAL

Paula Andrea Valencia Londoño

Juan Manuel Jiménez Arenas • Francisco A. Muñoz

1.1 Una perspectiva global de los conflictos	13
1.1.1. Conflictividad pacífica	17
1.1.2. Una especie conflictiva y pacífica	18
1.1.3. Conflictividad, desarrollo y paz	23
1.1.4. Deconstruyendo la violencia	30
1.2. Construcción y prospectiva de paces imperfectas	40
1.3. A modo de conclusión	45
Referencias bibliográficas	47

CAPÍTULO II

ESTÉTICAS EXPANDIDAS. LENGUAJES VISUALES, FOTOGRAFÍA Y RESISTENCIA EN EL BARRIO BELLO ORIENTE

Nora Margarita Vargas

Introducción	51
2.1. La metodología	52
2.2. El bricolaje de las fachadas y de los interiores como prácticas de libertad	54
2.3. Conclusiones	61
Referencias bibliográficas	62

CAPÍTULO III

REHABILITACIÓN PSICOLÓGICA COMO HERRAMIENTA DE CONSTRUCCIÓN DE PAZ EN ACTORES DEL CONFLICTO ARMADO EN COLOMBIA

Sandra Patricia Trujillo Orrego

Introducción	65
3.1. Metodología	67
3.2. Resultados y discusión	69
3.3. Conclusiones	71
Referencias bibliográficas	72

CAPÍTULO IV

LA VISIBILIZACIÓN DE LA VBG O VIOLENCIA EN CONTRA DE LAS MUJERES
EN EL MARCO DE LOS CONFLICTOS ARMADOS: UN PRIMER OBSTÁCULO
EL DILEMA DE LA CATEGORIZACIÓN

Paula Andrea Valencia Londoño

Introducción.....	75
4.1. Metodología utilizada para la recolección de la información	77
4.2. Violencia basada en género (VBG): el descriptor necesario para la visibilización de la violencia en razón de género que se manifiesta en el conflicto armado colombiano	78
4.3 Principales obstáculos para el rastreo de información sobre la VBG en el marco del conflicto armado	87
4.4 El caso de la categorización de la VBG en los sistemas de información sobre consecuencias humanitarias de los conflictos armados en Medellín y Colombia.....	89
4.5. Conclusiones	93
Referencias bibliográficas	94

CAPÍTULO V

EDUCACIÓN Y PAZ: DE LA INCLUSIÓN AL RECONOCIMIENTO DE LA DIVERSIDAD.
VULNERABILIDAD Y DESPLAZAMIENTO EN LA ESCUELA

Norely Margarita Soto Builes

5.1. Estrategia metodológica.....	98
5.2 Construcción de teoría (resultados de la investigación).	99
5.2.1 Educación de los niños, niñas y de los jóvenes en situación de desplazamiento: una mirada desde el marco legal	99
5.2.2 Desarraigo: connotaciones sobre el sujeto.....	101
5.3 Las prácticas educativas como análisis del discurso que se instala en las instituciones	103
5.4. Conclusiones	105
Referencias bibliográficas	106

CAPÍTULO VI

BIOPOLÍTICA Y EDUCACIÓN. MERCADO, CONFLICTO
Y CULTURA DE MASAS

Hilderman Cardona Rodas

Introducción.....	107
6.1 El concepto de cultura en la sociedad de masas.....	109
6.2 Por una geología crítica del poder	112
6.3 Biopolítica, educación y dispositivos de subjetividad capitalista	116
Referencias bibliográficas	121

CAPÍTULO I

Complejidad, conflictividad y paz. Una perspectiva global

*Paula Andrea Valencia Londoño**

*Juan Manuel Jiménez Arenas***

*Francisco A. Muñoz****

Intentar en un solo texto abordar la conflictividad, la paz, desde una perspectiva compleja y global puede ser una temeridad, sin embargo, pensamos que es completamente necesario. Ya sabemos que cada conflicto tiene interacciones sistémicas con otras circunstancias que alcanzan a lo más microscópico y, en muchas ocasiones, al unísono, a lo más global. También sabemos que los conflictos tienen anclajes en el devenir histórico, en las culturas, en la economía, etc. Por lo tanto, si no queremos simplificar en exceso e innecesariamente, tendremos que adoptar esta perspectiva que tiene su expresión en lo epistémico y en lo ontológico. En lo epistémico, porque nuestro pensamiento se tiene que dotar de nuevos criterios; en lo ontológico porque con todo ello estamos redefiniendo a los seres humanos. Una doble exigencia hace que tengamos que abordar estos cambios: la complejidad y la comprensión sistémica de los fenómenos de las entidades humanas.

Las ideas sobre la complejidad se han convertido en uno de los paradigmas que contribuyen a abrir los presupuestos de comprensión de nuestro medio

* Comunicadora social-periodista, Universidad Pontificia Bolivariana, estudios de Derecho y Ciencias Política, Universidad de Antioquia. Especialista en Gestión Regional del Desarrollo, Universidad de los Andes. Internacional Master of Advance Studies, Instituto Universitario de Estudios sobre Desarrollo, Ginebra. Magíster en Estudios Interdisciplinarios de Desarrollo, Universidad de los Andes. Coordinadora Maestría en Conflicto y Paz. Universidad de Medellín.

** Historiador e investigador de la Paz. Doctor en Historia, profesor titular de Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada. Investigador del Instituto Universitario de la Paz y los Conflictos, de la Universidad de Granada.

*** Historiador e Investigador de la Paz. Doctor en Historia, profesor titular de Historia de la Universidad de Granada, España (1978-2006), miembro fundador (1988-), director (1997-2002) e investigador del Instituto de Paz y Conflictos de la Universidad de Granada.

y todos aquellos espacios donde habitamos los seres humanos, particularmente las dinámicas históricas, sociales, o políticas. Asimismo, estas ideas nos permiten superar algunos de los aspectos limitantes de la Modernidad, especialmente en los presupuestos epistemológicos de partida. Esto implica superar algunas de las tendencias existentes, orientadas al pensamiento simple, binario-excluyente, reduccionista, estructuralista, y, en cierto sentido, acrítico, especialmente con respecto a algunos temas transversales (transculturales, transnacionales...). Afortunadamente, hoy en día somos más conscientes de que todas las actividades humanas están condicionadas por, e insertas en, la complejidad. Una complejidad que ha existido siempre –los seres humanos solo pueden ser explicados en su conjunto desde esta perspectiva– pero que ahora, en parte por la globalización, en parte por la disminución del etnocentrismo, se interconecta más estrechamente y se visualiza mejor. A esto también han contribuido algunas aproximaciones que se han hecho desde las Ciencias de la Naturaleza y que han sido asumidas por las Ciencias Sociales y Humanas y, sobre todo, los préstamos que se han establecido entre las distintas disciplinas y que, en última instancia, están contribuyendo a la creación de campos transdisciplinarios. En ellos, la relevancia de todas las perspectivas participantes, desde los aspectos más biológicos hasta la importancia de los discursos, la creación de nuevas aproximaciones teórico-metodológicas, y una realimentación enriquecida con las disciplinas especializadas surgen como principales características.

Abordar cualquier aspecto desde un enfoque complejo nos ayuda a comprender las circunstancias en las que están entreveradas las dinámicas sociales. Estas circunstancias incluyen actores, culturas, instituciones, tiempos, las diversas escalas de las sociedades y las relaciones entre unos y otros. Pero sobre todo, la aparición de características emergentes que no estaban presentes en los elementos constitutivos de un sistema como pueden ser: crisis, incertidumbre, paradojas, nuevas relaciones y nodos, etc. Como se puede ver, una pluralidad de condiciones en lo cuantitativo y en lo cualitativo.

Hablar de complejidad nos alerta de la existencia de todas estas circunstancias y de la convivencia de las mismas y nos obliga a plantear unos presupuestos epistemológicos y ontológicos más abiertos, capaces de incluir y facilitar la comprensión de las nuevas realidades emergentes. Aunque, cabe advertir que, justo por su “complejidad”, y nuestras limitaciones, no alcanzaremos a comprender la realidad en su totalidad. Esta limitación es, podríamos decir, un rasgo onto-epistemológico de los seres humanos. No obstante, y

de manera paradójica, este rasgo existencial y, si nos apuran, esencial hace que, a pesar de que los seres humanos seamos los entes más complejos del universo conocido, no lleguemos a aprehender toda la conflictividad, todos los proyectos e intereses vinculados a las diversas variables, muchas de las cuales compartimos con el universo, con el planeta Tierra, y algunas propias de nuestra especie, una conflictividad muy elevada, gran parte de la cual es favorecedora de la vida, de la paz, de la muerte, de la violencia y que, por tanto, genera cierta incertidumbre. A pesar de todo, por fortuna, nuestra biología, instintos, emociones y racionalidad nos ayudan a adaptarnos lo mejor posible a esta complejidad, y supervivir, “felizmente”, a gran parte de la conflictividad en la que discurre nuestra existencia.

Las entidades humanas (personas, grupos, comunidades... especie), habitantes del universo, del sistema solar, del planeta Tierra, sujeto a las leyes generales del universo y a las de las condiciones del propio medio (medio físico, clima, flora y fauna), se organizan en consonancia con sus culturas, instituciones, naciones, Estados, mediante alianzas y pactos, que generan y gestionan una enorme cantidad de conflictos, aunque en la mayoría de las ocasiones no seamos del todo conscientes de ello, por ser regulados, casi “automáticamente”, desde estancias biológicas, instintivas y emocionales, a las que se les une la racionalidad.

En este trabajo pretendemos abordar un marco vital de complejidad y conflictividad que termina condicionando nuestra existencia como entidades humanas. Para ello partiremos de la construcción de un marco lo más general posible de los conflictos para que sirva de andamiaje en el que insertar ejemplos de nuestra existencia. Dicho de otra manera, los conflictos en los que nos vemos envueltos cotidianamente, como entes concretos, en una ciudad cualquiera, en Colombia, Filipinas, Japón, Rusia, República Democrática del Congo, Marruecos, Suecia o Canadá, ya sean relacionados con la cultura, la política, la economía, las migraciones, etc., están ligados a nuestras características compartidas como especie, y sus manifestaciones culturales, sociales, económicas, colectivas o individuales particulares. La transformación, la gestión, que hagamos de estos conflictos, está lógicamente conectada de manera estrecha al análisis y valoración que hagamos de estos factores. Por tanto, pretendemos acercarnos a una visión global de la conflictividad, basándonos en informes e investigaciones ya realizados. Para ello sacrificaremos parte de la información empírica con el objetivo de dar mayor espacio a los aspectos comprensivos e interpretativos, y nos ayudaremos de una matriz unitaria y comprensiva (Herrera, Molina, Muñoz, & Sánchez, 2005) que

nos sugiere cinco ejes iniciales para abordar la complejidad: conflictos, paz imperfecta, mediaciones, empoderamiento pacifista y deconstrucción de la violencia.

Igualmente, en este trabajo atenderemos tanto a aquellos conflictos gestionados violentamente como a los que lo son pacíficamente, a los que dedicaremos especial atención. Así, veremos aspectos globales de la conflictividad del mundo actual, como son el cambio climático, el desarrollo sostenible, el neoliberalismo, el armamentismo..., pero también le prestaremos especial atención a la cooperación internacional, la diplomacia, las movilizaciones, esto es, a las acciones encaminadas a la configuración de un mundo más justo y pacífico. Queda por delante, para futuros trabajos, publicaciones, reuniones científicas, políticas y sociales, el abordaje de conflictos concretos, como pudiera ser el caso de Colombia, también desde esta perspectiva compleja, a la vez conflictiva, pacífica y violenta. Los estudios de caso nos permitirán igualmente comprobar si el enfoque que proponemos de la matriz unitaria y comprensiva facilita la gestión y regulación de dichos conflictos. Nosotros pensamos que sí, que será una herramienta de la praxis, extremadamente útil para lo micro y lo macro, lo doméstico y lo público, lo privado y lo institucional, lo internacional y lo local.

A lo largo de este texto vamos a defender una idea que utilizamos en nuestros escritos, cursos y seminarios: puede que el siglo XX haya sido el momento más violento de la historia de la humanidad, pero la mayor parte de los conflictos se regulan pacíficamente. La primera premisa puede que sea admitida fácilmente, puesto que muchas formas de violencia se han mostrado a lo largo del siglo. En cualquier caso, podría existir la duda de si ha habido momentos anteriores más violentos en la historia de la humanidad, sobre todo basados en las construcciones ideologizadas que se han hecho de la Prehistoria o la Edad Media, por poner dos ejemplos clásicos dentro de la historiografía occidental. Con independencia de lo anteriormente expuesto, resulta incuestionable que durante el siglo XX la violencia directa, representada por las dos Guerras Mundiales y el armamentismo, la violencia sistémica (o estructural en su caso) de las prácticas colonialistas, imperialistas y neoliberales encarnadas en el hambre, la pobreza, la violencia simbólica, palpable desde los himnos a los dibujos animados para niños, y la violencia metasistémica propia del modelo patriarcal, expuesta en la palpable desigualdad entre géneros, han formado parte indisoluble de nuestra historia más reciente. En definitiva, vivimos en una doble paradoja sistémica. De una lado, a pesar de que discurre un tiempo en el que la potenciación de las capacidades humanas deseables

es más posible que nunca¹, existe un desarrollo desigual de las mismas (Muñoz & Molina Rueda, 2010). De otro, y es la segunda parte de nuestra premisa, que la mayor parte de los conflictos se han regulado pacíficamente; aunque esto va a formar parte de la vertebración argumental de este trabajo, basta con pensar, antes de pasar a los detalles, en las relaciones de amor, de empatía, de cooperación, de solidaridad, de diplomacia, de negociación, de pacto, de alianza, etc. que se producen cada día, cada hora, entre personas, comunidades y otros tipos de entidades humanas².

1.1 UNA PERSPECTIVA GLOBAL DE LOS CONFLICTOS

Sin duda se hace necesario pensar los conflictos desde una perspectiva global. En primer lugar, porque de alguna forma cada día es más palpable que las entidades humanas, sus proyectos e intereses, se encuentran más interconectados; en segundo, porque la complejidad requiere de análisis que, aunque estén centrados en aspectos concretos, en lugares específicos, de actores/actrices particulares, debe saber de las derivadas “internacionales” que, de una u otra manera, están condicionando los conflictos. De esta forma, podemos llegar a comprender que la globalización es una manifestación de la complejidad y que las dinámicas vividas por los seres humanos a lo largo de su historia han ido creando relaciones y redes que han servido para gestionar lo mejor posible el medio en el que vivían. Obviamente en este proceso han participado todas las tendencias e intereses reinantes, desde el más filantrópico humanismo hasta el descorazonador neoliberalismo económico, pasando por un sinfín de situaciones diversas e intermedias, cambiantes y paradójicas; todos son “invenciones” humanas que contradictoriamente conviven en las distintas instancias y escalas. La globalización expande los escenarios de la conflictividad, no solo en sus dimensiones sino, sobre todo, en sus relaciones, ya que pone en contacto prácticamente a todas las entidades humanas. Con la globalización cualquier conflicto puede tomar un cariz que lo trascienda. La mayoría de los conflictos que vamos a afrontar a lo largo del texto tienen una dimensión global, aunque esto no debería hacernos olvidar, en ningún caso, sus escenificaciones regionales y locales (Bolaños & Acosta, 2009).

¹ Sin embargo, desde otro punto de vista S. Pinker (2011), que ha tenido una gran repercusión mediática, plantea que estamos en el momento menos violento de la Historia de la Humanidad y coincide, pues, con nosotros en que en el momento actual la mayor parte de los conflictos se regulan pacíficamente.

² En el libro *Ordo amoris, El poder del amor para la construcción de la paz*, siguiendo a Kenneth Boulding o Max Scheller, entre otros autores, reconocemos el poder del amor para edificar el “orden” entre los seres humanos.

1.1.1. Conflictividad pacífica

En buena medida, este enfoque permite considerar a la complejidad como factor fundamental que condiciona nuestra vida (la de las entidades humanas) como sujetos, como actores, y que sobre todo se hace evidente en los constructos sociales que conformamos a partir de nuestra relación con los otros. Familia, organizaciones, sociedades, Estados o las instituciones que conforman la comunidad internacional son un fiel reflejo de la complejidad que permite caracterizar a los seres humanos y que impulsa a visualizar el conflicto como motor de vida y desarrollo. Ahora bien, es muy conveniente para todos los desafíos que tenemos por delante *determinar qué partes de la conflictividad se gestionan en clave de paz y cuáles se hacen en clave violenta*. Porque en nuestro marco teórico-metodológico, los conflictos no son, necesariamente, la antesala de violencia alguna, y por tanto pueden gestionarse, bien de manera pacífica, bien de forma violenta o, incluso, como acontece en muchas ocasiones: en una convivencia patente de la violencia y de la paz, a lo que cabría añadir las innumerables mediaciones que se producen entre una y otra. No obstante, es relevante poner de manifiesto que nos alejamos de la pretendida neutralidad del punto medio al proponer que la inmensa mayoría de los conflictos en los que nos hemos visto envueltos los seres humanos se han gestionado de manera pacífica, esto es, contribuyendo al desarrollo de las potencialidades o capacidades humanas (Ver más en Max-Neef, 1998, Nussbaum, 1998, Riechmann, 1998, Sen, 2000).

Es por ello por lo que cualquier escenario de paz futuro tendrá que estar basado, necesariamente, en las experiencias previas que tengamos de regulación pacífica de los conflictos. De manera contraria, será muy difícil construir paz. Y el reconocimiento de las experiencias de la paz no es solamente un problema de voluntad –aunque también–, sino que comprende la forma como abordamos y aprehendemos intelectualmente las realidades. Por lo tanto, no es suficiente quedarnos en la denuncia de la violencia y hacer proclamas a favor de la paz –lo que suele ser muy común–, sino que hay que optimizar los recursos para la construcción de esta última.

No es necesario buscar las regulaciones pacíficas en valles o en montañas idílicas, en comunidades alejadas del “mundanal ruido” puesto que están presentes entre nosotros, la mayoría de las veces, y como hemos comentado anteriormente, en los mismos escenarios, estancias y actores donde está la violencia. En consecuencia, cuando damos cifras o porcentajes de desigualdades, inequidades o violencia, salvo que estos sean el cien por cien, situaciones que rara vez se producen, siempre hay unos márgenes, más o menos amplios,

en los que se podrían reconocer espacios de “igualdad”, “equidad” o “paz”. Sin embargo, por nuestra propia experiencia práctica, investigadora y docente, sabemos que en este punto hay muchas resistencias, porque se parte de un punto de vista, de un modelo ontológico, que es “violentológico”, probablemente muy condicionado, en Occidente, por la tradición judeo-cristiana, el hobbesianismo, el liberalismo, el materialismo histórico, etc. Esto lo iremos revisando poco a poco a lo largo de texto, especialmente cuando hablemos de *paz imperfecta*. Empero, permítannos adelantar que pudiera existir un serio problema para el reconocimiento de la paz cuando se tiende a pensarla en un sentido global-cerrado (o totalizador), una paz perfecta incompatible con cualquier atisbo de violencia. En consecuencia, proponemos que si nuestra preocupación es la violencia y nuestro anhelo la paz, situemos la paz en el centro de nuestras investigaciones y, por ende, démosle un, cada vez, mayor espacio intelectual y académico. De esa forma contribuiremos al necesario reconocimiento de la misma.

Dado que las diferentes regulaciones pacíficas de los conflictos están interaccionadas, no nos detenemos solo y necesariamente en grandes paces (tratados, acuerdos, grandes momentos de la historia...) sino también en las que se producen a cualquier escala. Para ello nos puede ser bastante útil el concepto de *habitus* que, desde una perspectiva constructivista, nos desvela la capacidad de toda entidad humana para incidir en su entorno. Afirmamos que existen incontables *habitus pacifistas* que facilitan la transformación pacífica de los conflictos y el *empoderamiento pacifista*. Y, dado que existe una relación sistémica entre ellos, su potencial es enorme (Muñoz & Martínez López, 2011). Volveremos sobre ello más adelante.

1.1.2. Una especie conflictiva y pacífica

La nueva mirada que proponemos –*giro epistemológico y ontológico*– nos permite visualizar no solo la violencia que nos conmociona y nos preocupa profundamente, sino también, y fundamentalmente, todas las prácticas de paz, por muy pequeñas que sean (esto sin excluir las grandes acciones de paz), para poderlas mejorar, implementar y “empoderar”. Desde esta nueva mirada podemos comprender que, aunque que haya un número de homicidios muy grande, el número de personas que viven, a pesar de las condiciones, en zonas de conflictos armados, en buena medida gracias a la cooperación, la colaboración o la solidaridad, de otros seres humanos e instituciones (prácticas muy extendidas) es más elevado. Como estamos planteando, esto no es una casualidad sino que depende directamente de la toma de decisiones, los

habitus, que las entidades humanas toman de acuerdo con sus conciencias, proyectos o deliberaciones. Deciden vivir con el mayor bienestar posible y que los demás también lo hagan, contribuyen al desarrollo de las capacidades humanas deseables, a pesar de las múltiples conflictividades, de las discrepancias que puedan existir entre ellos.

En el desarrollo de este apartado vamos a trabajar con las dos hipótesis planteadas anteriormente y que conviene recordar. La primera, somos una especie conflictiva y los conflictos han sido fundamentales a lo largo de la historia. La segunda, la inmensa mayoría de los conflictos se han gestionado de manera pacífica, esto es, contribuyendo al desarrollo de las capacidades deseables de los seres humanos (por esta razón hemos afirmado más arriba que en el siglo XX la mayor parte de los conflictos se han regulado pacíficamente).

Partamos de lo que hemos dado en llamar la *Pax Homínida*. Bajo esta expresión se trata de encuadrar aquellos comportamientos cooperativos, solidarios, altruistas y filantrópicos que han sido fundamentales para la supervivencia de nuestros antepasados, contribuyendo, como hemos expuesto anteriormente, de manera significativa al desarrollo de capacidades, las del pasado y también las del presente. Este tipo de comportamientos es tan característico de nuestra evolución como lo puede ser el bipedismo o la encefalización (Jiménez Arenas, 2011).

Nuestra historia es larga: 7 millones de años si contamos a todos los homínidos, 2,5 si nos centramos en el género *Homo* y, aunque lo acotáramos únicamente a nuestra especie, *Homo sapiens sapiens*, más de 200 mil. Son cifras grandiosas, que se escapan a nuestros órdenes de magnitud cotidianos que, sin embargo, nos permiten redimensionar determinados comportamientos que se consideran “esenciales”, naturales, universales e inevitables. En buena medida, de estos últimos tipos de afirmaciones son responsables los modelos ontológicos de los que participamos y a los que contribuimos a sustentar. Desde el punto de vista de la paz y la violencia, podríamos decir que existen dos grandes modelos ontológicos: uno positivo que considera al ser humano pacífico por naturaleza, representado por el “mito del buen salvaje” de Rousseau; otro negativo que lo fundamenta como violento y está encarnado en el célebre aforismo de Hobbes “el hombre es un lobo para el hombre”. Sin entrar en detalles, nosotros compartimos que resulta muy fructífero evitar las posiciones esencialistas que impiden análisis complejos de la realidad puesto que tienden a presentar la realidad en términos maniqueos basados en dicotomías excluyentes. La violencia y la paz son

construcciones culturales y como tales históricas, contingentes y mutables. Como alternativa presentamos un modelo ontológico “imperfecto” basado no tanto en la búsqueda de esas supuestas esencias biologicistas sino en la caracterización evolutivo-histórica de los seres humanos. En este modelo la humanidad no es violenta ni pacífica por naturaleza sino que en los seres humanos conviven aspectos tales como la cooperación con el egoísmo, el altruismo y la codicia,... en definitiva, la paz y la violencia. Esto no significa que exista una paridad entre ellos, puesto que, como ya propusimos en una de las hipótesis anteriores, la inmensa mayoría de los conflictos se han gestionado de manera pacífica. Además, este último modelo enfatiza que para que haya paz, una *paz imperfecta*, no es necesario que desaparezca todo atisbo de violencia. La paz y la violencia conviven y son generadas por los mismos actores. Esto implica el abandono de planteamientos maximalistas que nos llevan a sendas utópicas e irreales. Para comenzar con este *giro ontológico*, una de las vías es visibilizar los espacios, tiempos y agentes de paz que han contribuido al desarrollo de capacidades a lo largo de la historia, ya sea de nuestra familia (recordemos, 7 millones de años), género –taxonómico– (2,5 millones de años) o especie (200 mil años).

Otra idea que mantenemos es que nuestra especie es la más compleja que habita la Tierra; esto, debido a la enorme riqueza, en términos cuantitativos y cualitativos, de las interrelaciones que se producen a todos los niveles entre las entidades humanas. Dicha complejidad está relacionada con la fragilidad, la cooperación, un período largo de desarrollo y la riqueza cultural (que nos dota de mayor complejidad y, a la vez, nos permite gestionar más de ella). Los seres humanos nacemos en un estado de inmadurez sobresaliente, entre otras razones, porque tiene que existir un compromiso entre los tamaños del canal del parto de la madre y el de la cabeza de los neonatos. Por esta razón, somos alumbrados muy frágiles. Lejos de ser una desventaja, la fragilidad supone un enorme potencial. Al nacer frágiles y serlo durante toda nuestra vida, especialmente durante la infancia y la niñez, necesitamos de más cuidados, de más cooperación por parte de los miembros de los grupos. Por otra parte, la fragilidad supone un mayor tiempo de maduración que incrementa el período de aprendizaje y socialización, y por ende un aporte considerable de la riqueza cultural de los seres humanos. En este sentido, y de forma tremendamente abreviada, establecemos el vínculo entre complejidad/fragilidad/cooperación/tiempo de maduración/riqueza cultural (para mayor información ver Jiménez Arenas, 2014). Por tanto, la cooperación, que forma parte indisoluble de la paz, ha jugado un papel fundamental en el éxito evolutivo de nuestra especie. Ejemplo de este tipo de comporta-

mientos, los podemos encontrar desde hace más de 1,8 millones de años (en el yacimiento georgiano de Dmanisi aparece un individuo totalmente desdentado al que bien le masticaron la comida, bien le reservaron las partes más suculentas de los alimentos) y representan un porcentaje mucho mayor que el de individuos con heridas atribuibles a violencia directa (Jiménez Arenas, 2011).

La fragilidad de los seres humanos también es patente en otros niveles. Nuestra incapacidad para, por ejemplo, la fermentación y absorción de algunos carbohidratos es superada gracias a la presencia en nuestros intestinos de una rica microbiota (la flora intestinal) que interactúa con nuestro organismo para aportar nutrientes, prevenir el auge de microorganismos patógenos, de alergias y de inflamaciones del propio intestino. Nuevamente, la fragilidad se ve equilibrada por una gestión óptima de la complejidad.

Los conflictos que hemos tenido que encarar a lo largo de nuestra historia han sido, y son, incalculables; y tal conflictividad, vía la riqueza de respuestas (capacidades, proyectos, creatividad...) que los seres humanos hemos ido pergeñando es responsable, también y en parte, de la diversidad humana: tanto poblacional como cultural. Aunque no siempre ha sido así, los grupos humanos han buscado, mayoritariamente, dar soluciones que optimicen su relación con el medio (universo, sistema solar, planeta Tierra o ecosistema) y con las restantes entidades humanas. Lo que ocurre es que tanto desde la historia, como desde la etnografía, la antropología, la filosofía, etc., al menos en Occidente, se han enfatizado los aspectos violentos de las entidades humanas (sobre todo los concernientes a la violencia directa) y se han marginado los pacíficos. Las razones son variadas. No obstante, en este breve espacio nos gustaría resaltar que la naturalización de la violencia ha sido una importante respuesta al rechazo que esta produce. Así, cuanto más ancestral y más extendido en el tiempo y el espacio se perciba un comportamiento, más “esencial” resulta y, por tanto, su evitación es *contra natura*. Así, Pinker, como hemos visto más arriba, plantea que estamos en el momento más pacífico de la Historia. Nosotros estamos de acuerdo, pero no con la lógica que sigue, puesto que parte de ese carácter arcaico (del griego *αρχή*, que significa origen, comienzo) de la violencia.

Aprehender la realidad, a partir de cualquier disciplina, es una suerte de sinécdoque, es decir, de cómo una parte aspira a representar a un todo. Nuestras limitaciones nos impiden interpretar la realidad en toda su extensión. Básicamente porque las *historias* se tornan tan complejas que no existe ser

humano o disciplina capaz de alcanzar a comprenderlas. Por tanto, se realiza una selección, a veces consciente, otras inconsciente, de partes que hábilmente hilvanadas, con mayor o menor fortuna, contribuyen a una sensación de continuidad y verosimilitud (a veces revestida de verdad). Ahora bien, es relevante poner de manifiesto que esas partes elegidas no tienen por qué dar cuenta de las acciones predominantes. Y ese es uno de los principales objetivos en los que se marca la Investigación para la Paz: desde un campo transdisciplinar (que contribuye, en cierto sentido, a minimizar los efectos las limitaciones, la fragilidad individual y disciplinar) visibilizar la gestión pacífica de las conflictividades, que ha sido mayoritaria y fundamental para comprender a la Humanidad y porque nos proporciona argumentos y herramientas de transformación social.

1.1.3. Conflictividad, desarrollo y paz

El desarrollo es un concepto relativamente reciente y que en gran medida podría ser identificado con la “paz”. Efectivamente, los investigadores de la paz, para superar la dependencia de ésta con la negación de la violencia, comenzaron a hablar de justicia social y posteriormente de satisfacción de necesidades, de tal manera que habría paz siempre y cuando, siendo socialmente posible, estas se satisficiesen. En caso contrario, podríamos reconocer la violencia. Como defendemos a lo largo de este trabajo, y de acuerdo con los debates sobre el desarrollo, de un lado, en la idea de “satisfacción de necesidades” que rememora el posible abastecimiento de las mismas, y de otro lado, en la identificación con las carencias, nosotros preferimos hablar de desarrollo de potencialidades o capacidades (Ver más en Max-Neef, 1998, Nussbaum, 1999, Riechmann, 1999, Sen, 2000). De esta forma, la idea de paz tiene en cuenta todos aquellos espacios, desde lo personal hasta las relaciones internacionales, donde, siendo socialmente posible, se facilita el despliegue de las principales cualidades de los seres humanos.

El “desarrollo”, propiamente dicho, fue creado en el período pos Segunda Guerra Mundial, y muchos autores ubican su origen a partir del discurso del presidente Truman en el que se plantea, de un modo teórico, un plan de crecimiento para las áreas menos desarrolladas, basado no ya en el “viejo imperialismo”, sino en “democracias justas”. No obstante, su importancia actual en el ámbito de las relaciones internacionales y en el de la función de los Estados es fundamental, y por esto, gran parte del papel que ocupan los países en el concierto de las relaciones internacionales se encuentra condicionado por dicho rol.

Existe un gran debate sobre qué “índices” utilizar para que representen lo mejor posible a cada uno de los países y al mundo en su conjunto, aunque podríamos convenir que el Informe de Desarrollo Humano 2013 manifiesta, aceptablemente teniendo en cuenta la disponibilidad de información necesaria para todos los países, la compleja red de condicionantes del desarrollo de los países y de la potenciación de capacidades de los sujetos. Por estas razones nos vamos a seguir valiendo de él, junto con los *Objetivos de Desarrollo del Milenio*, para continuar con algunos de nuestros razonamientos. Más concretamente, nos centraremos en las conflictividades que preceden a la gestión pacífica de las mismas: equidad, desarrollo sostenible, mujeres, conflictos, paz y seguridad; movilizaciones, *empoderamiento pacifista* y conciencia planetaria. Ahora bien, ¿por qué nos centramos en el Informe de Desarrollo Humano 2013 y los *Objetivos de Desarrollo del Milenio*? El primero, por tratarse de una variable que ha sido desarrollada a partir de las críticas y sugerencias de Amartya Sen, muy vinculado con el concepto de *capacidades humanas*, además de presentar una seriación de los datos que permite evaluar tendencias espacio-temporales; el segundo, porque representa un ambicioso programa de mejora de las condiciones de vida en pos de un mundo globalmente más justo y equitativo. Es relevante poner de manifiesto que este tipo de documentos muestran tendencias y no dejan de ser generalizaciones, con sus virtudes y también con sus limitaciones. Desde este punto de vista, son muchas las matizaciones, los aspectos puntuales que se escapan y que se alejan, por exceso o por defecto, de los indicadores. A pesar de todas estas salvedades, la información de estos insumos nos permite reconocer realidades y tendencias en las cuales crecen el desarrollo y la paz. Por ello deben ser considerados aproximaciones.

Dice el Informe sobre Desarrollo Humano 2013 que “El ascenso del Sur no tiene precedentes en velocidad y escala. Nunca antes en la historia, las condiciones de vida y las perspectivas de futuro de tantas personas habían cambiado tanto ni tan rápido”. Desde el propio subtítulo, *El ascenso del Sur: Progreso humano en un mundo diverso*, se está poniendo de manifiesto, por un lado, la pujanza de los “sures” y por otro, el reconocimiento de la diversidad que, en principio, se puede considerar una ampliación con visiones y epistemologías alternativas del modelo etnocéntrico occidentalizado (Dussel, 2005). Así, un primer aspecto a resaltar es que a tenor de los resultados de los últimos IDH es que *las condiciones de vida de la humanidad en su conjunto y en particular de los habitantes del Sur se han visto mejoradas en la última década*. Países que obtenían en los informes anteriores una puntuación muy baja hace una década han visto revertidas sus tendencias, gracias a un ascenso

escalonado en el *Índice de Desarrollo Humano*, lo que refleja un incremento de los logros en materia de educación, salud e ingresos en países del Sur:

El Informe destaca que en la última década todos los países aceleraron sus logros en las dimensiones de educación, salud e ingresos, según mediciones del Índice de Desarrollo Humano (IDH); en tanto que ningún país sobre el cual había datos disponibles tuvo un valor del IDH más bajo en 2012 que en 2000.

A medida que se registró un progreso más rápido en países con IDH más bajo durante este período, se produjo una notable convergencia en los valores del IDH a nivel mundial, pese a que el progreso no fue parejo en el interior de las regiones y entre ellas (PNUD, 2013, p. iv).

En 2012 la esperanza de vida promedio fue de 70,1 años, con amplias diferencias entre grupos de IDH: 59,1 años en países con IDH bajo y 80,1 en países con IDH muy alto. Las diferencias entre países son aún mayores, con un mínimo de 48,1 años en Sierra Leona, y un máximo de 83,6 años en Japón. En África Subsahariana, la esperanza de vida se estancó en 49,5 años entre 1990 y 2000, como resultado de la pandemia del VIH y el SIDA. Entre 2000 y 2012, sin embargo, aumentó 5,5 años (PNUD, 2013, p. 24).

Una de las principales prioridades del mundo es la erradicación del hambre y la pobreza. Se trata del primero de los ocho Objetivos de Desarrollo del Milenio cuya meta para 2015 era reducir a la mitad la proporción de personas que viven con menos de US\$1,25 al día en relación al año 1990. Este objetivo se cumplió tres años antes de la fecha prevista, principalmente gracias al progreso alcanzado en ciertos países populosos: Brasil (allí el porcentaje de población que vive con menos de US\$1,25 al día [PPA en US\$ de 2005] pasó de 17,2 % a 6,1 %), China (de 60,2 % a 13,1 %) e India (de 49,4 % a 32,7 %) (PNUD, 2013, p. 26).

Se han observado mejoras notorias de todos los componentes del IDH en todos los grupos y regiones, con un mayor progreso en los países con un IDH bajo y medio. Sobre esta base, se considera que el mundo es cada vez más equitativo³.

Obviamente, los promedios nacionales ocultan grandes diferencias y persisten fuertes disparidades entre los países del Norte como del Sur, entre países que comparten el mismo hemisferio, e incluso al interior de los propios países. Pero esto no es óbice para que se reconozca el desarrollo inacabado

³ PNUD (2013), "Panorama General". p. 1. Obviamente, los promedios nacionales ocultan grandes diferencias y persisten fuertes disparidades en los países, tanto del Norte como del Sur, y también entre los propios países.

e “imperfecto”. Siguiendo adelante, lo mismo podríamos decir con respecto a las expectativas de la educación.

El nivel educativo mundial también está aumentando. Suponiendo un sólido aumento de las tasas de matriculación escolar, se espera que la proporción de personas mayores de 15 años sin educación formal de la población mundial se reduzca del 12 % en 2010 al 3 % en 2050, y que la proporción con educación secundaria o terciaria ascienda de 44 % en 2010 a 64 % en 2050. Además, la brecha digital está disminuyendo rápidamente, lo cual garantiza a personas de todos los lugares un acceso similar a la información, en particular a través de Internet móvil por banda ancha cada vez más asequible (PNUD, 2013, p. 14).

En consecuencia, muchas más personas han visto mejor desarrolladas las capacidades humanas deseables, y no solo las estrictamente materiales. Según las proyecciones descritas en el Informe “la producción económica combinada de tres de los principales países en desarrollo (...) (Brasil, China e India) superará la producción total de Canadá, Francia, Alemania, Italia, el Reino Unido y Estados Unidos” (PNUD, 2013, p. 4). Esto debido, en gran parte, como afirma el Informe, a las nuevas asociaciones Sur-Sur. Las causas de este cambio geoestratégico, que tendrá importantes consecuencias, dan cuenta de la complejidad a la que aludíamos anteriormente. Recogemos algunas de ellas:

La producción mundial está reequilibrándose de maneras nunca vistas en 150 años. Se ha producido un notable crecimiento en el movimiento entre países de bienes, servicios, personas e ideas. En 1800, el comercio representaba el 2 % de la producción mundial. La proporción seguía siendo baja después de la Segunda Guerra Mundial, y para 1960 era inferior al 25 %. En 2011, sin embargo, el comercio representó casi 60 % de la producción mundial. La expansión que representa está ampliamente distribuida, y al menos 89 países en desarrollo han aumentado su relación comercio-producción en las dos décadas pasadas (PNUD, 2013, p. 43).

El ascenso del Sur fue posible debido a una expansión mundial histórica del comercio y la inversión. Más de 100 países en desarrollo registraron un crecimiento en los ingresos *per cápita* superior al 3 % en 2007. Recientemente, la desaceleración económica de los países desarrollados ha obligado al Sur a volcarse hacia la demanda regional. Actualmente, los países en desarrollo comercializan más entre ellos que con el Norte, una tendencia que podría acentuarse aún más. (...) Las grandes reservas de divisa extranjera permanecen inactivas al haber importantes beneficios y oportunidades más seguras con la inversión Sur-Sur. Hay potencial para ampliar las asociaciones para el desarrollo y la cooperación regional e interregional (PNUD, 2013, p. 60).

Dichos cambios han producido una basculación de los centros productivos y, sobre todo, transformaciones en la generación de la riqueza. Ahora bien, es importante poner de manifiesto que la subida en los indicadores macroeconómicos no implica un reparto totalmente igualitario de la riqueza, aunque sí un crecimiento de las clases medias, que se han visto engrosadas, y una mejora generalizada de las condiciones de vida puesto, que, gracias a la creación de “círculos virtuosos”, el incremento en los respectivos productos interiores brutos se ha visto acompañado de avances en la implantación de políticas sanitarias y educativas. Así, por ejemplo:

El progreso de muchos países en las últimas dos décadas ha sido considerable; el ascenso del Sur ha ido, ciertamente, a gran escala. Aun así, muchos de los países con mayores logros no solo han aumentado los ingresos nacionales, sino que además presentan un mejor desempeño que los demás en indicadores sociales como la salud y la educación. Una forma de identificar a los países con grandes logros es centrándose en aquellos que, frente a otros países con niveles comparables de desarrollo, han logrado un aumento positivo de los ingresos, acompañado por un buen desempeño en materia de salud y educación. Entre estos países se encuentran algunos de los más grandes, como Brasil, China e India, junto con otros como Bangladés, Chile, Ghana, Indonesia, la República de Corea, Malasia, Mauricio, México, Tailandia, Túnez, Turquía, Uganda y Vietnam (PNUD, 2013, p. 63).

La clase media del Sur crece rápidamente en tamaño, ingresos y expectativas. Entre 1990 y 2010, la participación del Sur en la población de clase media mundial creció del 26 % al 58 % (PNUD, 2013, p. 63).

Los flujos están cambiando y equilibrando las balanzas comerciales, e incrementando la presencia internacional del Sur. Esto supone una disminución de la brecha sur-norte.

El Sur precisa del Norte, pero cada vez más, el Norte también precisa del Sur. El mundo está cada vez más conectado, no menos. En los últimos años, se ha producido una notable reorientación de la producción mundial, con mucho más destinado hacia el comercio internacional, que en 2011 representaba cerca del 60 % de la producción global. Los países en desarrollo han desempeñado un papel clave: entre 1980 y 2010, su participación en el comercio internacional de mercancías aumentó del 25 % al 47 %, y su participación en la producción mundial pasó del 33 % al 45 %. Las regiones en desarrollo también han estrechado vínculos entre sí: entre 1980 y 2011, el comercio entre países del Sur aumentó de menos del 8 % del comercio internacional de mercancías a más del 26 % (PNUD, 2013, p. 63).

Obviamente, estas reorientaciones presentan, dentro de la imperfección de las relaciones humanas, sus lados menos beneficiosos puesto que en muchos casos no se han visto acompañadas de una mejora sustancial de las condiciones de trabajo de la población autóctona. No obstante, en materia de logros de los *Objetivos de Desarrollo del Milenio* se pueden observar importantes avances:

La relación entre el servicio de la deuda y las ganancias por exportaciones de todos los países en desarrollo llegó al 3,1 % en 2011, mucho menor que el 12 % de 2000. Su acceso a mercados sin aranceles también mejoró en 2011, llegando al 80% de sus exportaciones (...) En todo el mundo, el porcentaje de personas con nutrición insuficiente bajó del 23,2 % en 1990-1992, al 14,9 % en 2010-2012. (Naciones Unidas, 2013, p. 4).

Por otra parte, el último informe de IDH apela al carácter complejo de la conflictividad, puesto que hay conflictos que trascienden las fronteras constituidas. Es fundamental entender que las conflictividades y la gestión que se hace de las mismas condicionan no solo *intramuros* sino que tiene consecuencias en múltiples escenarios. Por ejemplo, la pobreza en África provoca flujos migratorios que producen conflictos en los países fronterizos europeos.

El Informe también sugiere que a medida que los desafíos del desarrollo mundial se tornan más complejos y de naturaleza transfronteriza, resulta esencial una acción coordinada en los desafíos más apremiantes de nuestra era, ya sea tanto en la erradicación de la pobreza, como en el cambio climático o la paz y la seguridad (...) Se han observado mejoras notorias de todos los componentes del IDH en todos los grupos y regiones, con un mayor progreso en los países con un IDH bajo y medio. Sobre esta base, se considera que el mundo es cada vez más equitativo" (PNUD, 2013, p. 1).

Es importante resaltar que el desarrollo de capacidades no es equitativo en el interior de los países, ni entre Estados pertenecientes a la misma región: "los promedios nacionales ocultan grandes diferencias en cuanto a experiencias humanas. Aún persisten fuertes disparidades en los países, tanto del Norte como del Sur, y a su vez se han generado desigualdades en los ingresos no solo dentro de ellos, sino también entre los propios países" (PNUD, 2013, p. 1).

Este planteamiento da la entrada a una de las conflictividades fundamentales en materia de desarrollo: el sano y justo equilibrio entre el crecimiento económico y la equitativa distribución del ingreso. Por esta razón, a pesar de las contundentes cifras presentadas anteriormente en materia de crecimiento

económico de los países del Sur, dicho crecimiento no se ve reflejado, en algunos casos, en la mejora en la calidad de vida del total de la población. Los mayores ingresos generados por algunos de los países del Sur se concentran en unas pequeñas capas de población, generando problemas en relación con la distribución inequitativa de ingresos que redundan en limitaciones en materia de generación de empleo, infraestructura social, entre otros.

“Se puede llegar más lejos y afirmar que existe un ‘sur’ en el Norte y un ‘norte’ en el Sur. Las élites, tanto del Norte como del Sur, están cada vez más globalizadas y conectadas, y son las que más se benefician de la enorme generación de riqueza alcanzada en la última década, en parte debida a una aceleración de la globalización” (PNUD. 2013, p. 2)⁴.

Por tanto, el avance progresivo en materia económica, en especial, no se constituye, por sí mismo, en una garantía de mejora de las capacidades de los sujetos y muchos menos, en mayor equidad. Cada vez son mayores los desafíos para el desarrollo en un mundo interconectado donde el progreso de unos es condicionante del bienestar de otros: “a medida que los desafíos del desarrollo mundial se tornan más complejos y de naturaleza transfronteriza, resulta esencial una acción coordinada en los desafíos más apremiantes de nuestra era, ya sea tanto en la erradicación de la pobreza, como en el cambio climático o la paz y la seguridad” (PNUD, 2013, p. 4). Para los países del Sur el gran reto es reducir sus índices de pobreza, puesto que aún siguen siendo los más altos del mundo.

Las disparidades entre ricos y pobres en el interior de los países persisten, en especial en aspectos como la brecha urbano-rural en materia de infraestructuras física y social, acceso a la salud, saneamiento básico y educación, esta última deriva en un alto índice de deserción escolar de los niños más pobres, lo cual se agrava por la condición de género:

Los niños y los adolescentes de los hogares más pobres tienen una probabilidad tres veces mayor de no asistir a la escuela que los de los hogares más ricos. Las niñas tienen mayor probabilidad que los niños de no ir a la escuela tanto primaria como secundaria, incluso si pertenecen a los hogares más ricos. [Esto supone un lastre al desarrollo puesto que] Pocos países han podido sostener un rápido crecimiento sin realizar enormes inversiones públicas, no solo en infraestructura, sino también en salud y educación (Naciones Unidas, 2013, p. 5).

⁴ ... Aunque sería bueno tener en cuenta, asimismo, el Índice de Gini que intenta representar hasta qué punto la distribución del ingreso entre individuos se aleja de una distribución perfectamente equitativa. Cf. Banco Mundial <http://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI>

El Informe también pone de manifiesto que las políticas de privatizaciones, como las llevadas a cabo en Latinoamérica y que se iniciaron en Chile a mediados de los 70 y desde la década de los 80 se extendieron por todo el continente, contribuyen en poco a disminuir los efectos de una de las más claras manifestaciones de la violencia sistémica: la desigualdad social.

Generalmente el crecimiento es mucho más efectivo en cuanto a reducción de la pobreza en países donde la desigualdad de ingresos es baja que en aquellos donde hay una desigualdad elevada” (Naciones Unidas, 2013, p. 5).

Como contrapeso, las políticas públicas podrían contribuir a un reparto más equitativo de la riqueza lo que redundaría en un mayor espectro de grupos sociales, especialmente en los más vulnerables.

Podríamos decir que si la media mundial es de 0,694 (esperanza de vida al nacer 70,1; años promedio de escolaridad 7.5; años esperados de escolaridad 11,6; ingreso nacional bruto per cápita 10.184) eso podría ser interpretado como que un 69.4 % de las capacidades que mide (vida larga y saludable, educación y nivel de vida digno) están desarrolladas; por supuesto que lo que nos preocupa es el 30,6 % por desarrollar, que además está claramente sesgado hacia los países del Sur, pero eso no significa que tengamos que obviar el 70 % de las buenas prácticas que pudieran ser potenciadas. Claro está que no es algo tan simple, es muy complejo. Pero apenas estamos comenzando a vislumbrar las posibilidades del nuevo enfoque (PNUD, 2013, p.25). Además, es relevante tener en cuenta desde otra perspectiva, la de la paz, aquellos índices (Índice del Planeta Feliz, Índice de Felicidad Mundial, Felicidad Nacional Bruta, etc.) que tienen como objetivo directo medir e indicar la paz, es decir, la regulación pacífica de los conflictos, más allá de los puramente materiales, y que plantean otros objetivos, teniendo en cuenta la propia percepción de los ciudadanos sobre sus vidas (Codorníu, J., 2005). Como dato significativo Colombia ocupa en el Índice del Planeta Feliz, que elabora la New Economist Foundation, el puesto número 3 mientras que en el IDH desciende hasta el 91.